

Cuadernos del Sur

Número 1



Enero - Marzo de 1985

**Buenos Aires - Argentina
Ed. Tierra del Fuego**

La mano rebelde del trabajo*

Adolfo Gilly

Cuando el capital enrola la ciencia a su servicio, la mano rebelde del trabajo aprende siempre a ser dócil.

(citado por Karl Marx)¹

Ya Lasalle dijo una vez: sólo cuando ciencia y obreros, estos polos contradictorios de la sociedad, se unan, sofocarán entre sus brazos inflexibles cualquier dificultad. Todo el poder del moderno movimiento de los trabajadores se basa en el conocimiento teórico.

Rosa Luxemburgo (*Reforma o revolución*)

1. PREMISA

Como recuerda Elmar Altvater, “la crisis no es sino la agudización dramática de la normalidad burguesa”.² Ella comporta una exacerbación de todas las contradicciones de ésta: socialización del trabajo / apropiación privada; producción de valores de uso / realización de valores de cambio; proceso de trabajo / proceso de valorización; acumulación / valorización, etcétera.

Pero viviendo el capitalismo, como la realidad misma, en la contradicción, cada crisis es también la ocasión y la forma de resolución de esas contradicciones: abriendo paso a una nueva fase del proceso de valorización, si resuelta por las tendencias espontáneas de la economía capitalista y por sus expresiones políticas; cediendo el lugar a nuevas relaciones sociales, si resuelta por las fuerzas conscientes de la política obrera.

La primera salida es la *normal* y, si se quiere, la propia del auto-

* Publicado en *Coyoacán, revista marxista latinoamericana*, México, D.F., núm. 13, 1981.

¹ Karl Marx, *Capital y tecnología (Manuscritos inéditos, 1861-1863)*, México, Terra Nova, 1980, p. 66.

² Elmar Altvater, “Crisis económica y planes de austeridad”, en *Transición*, Barcelona, 1978, núm. 1.

matismo del sistema, La segunda es la *excepcional*, porque requiere la ruptura de ese automatismo por fuerzas generadas dentro del sistema capitalista (la clase obrera), ruptura imposible si previamente no ha sido realizada en la conciencia de esas fuerzas, si no existe en ella como proyecto o como programa. Y si esto no es así, la clase obrera no se encuentra, con respecto a la sociedad, en la condición del albañil que prevé la construcción que se propone hacer, sino en la de la abeja cuyo “trabajo” está regulado por la “lógica” de la reproducción indefinida de la colmena.

Pero no es de la *crisis* ni de sus efectos de donde surge dicha conciencia, sino del conocimiento obrero socializado y organizado en su partido y articulado en éste con el programa marxista y el proyecto socialista.

2. LA AGRESION MASIVA DEL CAPITAL

Si la crisis es la agudización de la normalidad burguesa, ella comporta, en consecuencia, una agudización del sustrato de esa normalidad, la lucha de clases, la contradicción capital/trabajo, y de la forma de esa normalidad, la competencia entre diversos capitales. Dicho en otras palabras, la crisis comporta una renovada agresividad del capital contra la fuerza de trabajo y de cada capital contra los otros capitales para, a través de los procesos concomitantes de desvalorización de la fuerza de trabajo y de desvalorización del capital, recuperar la tasa de ganancia y relanzar la acumulación capitalista.

Esto significa, como también recuerda Altvater, que “la crisis implica una mutación de las premisas del proceso de valorización del capital”, mediante “la introducción de nuevas tecnologías, la reestructuración del proceso de trabajo y de producción, ya sea a nivel de las diversas unidades de capital, ya a nivel del conjunto del capital social, el reajuste de la división internacional del trabajo, la tendencia hacia la concentración y centralización del capital, las nuevas condiciones y formas de la intervención estatal en la economía”.³

Todas y cada una de estas transformaciones se operan, como es

³ Altvater, *op. cit.*

connatural al sistema, a través de la lucha y de la violencia contra la clase obrera y entre los diversos capitales. Cada una encierra en sí esa doble violencia y sólo puede abrirse camino a través de ella, rompiendo y reestructurando las anteriores relaciones verticales de dominación/subordinación (capital/trabajo), y horizontales de competencia (capital/capital) previas a la crisis.

Otros trabajos de este seminario⁴ se ocupan específicamente de este segundo aspecto decisivo de la reestructuración capitalista a través de la crisis. Queremos ocuparnos en lo que sigue particularmente del primer aspecto, de esa “agresión masiva del capital contra el trabajo asalariado” que constituye siempre una crisis de sobreproducción,⁵ y de las políticas en las cuales se implementa dicha agresión al nivel de la producción; en otras palabras, de lo que ha sido denominado el *uso capitalista de la crisis*.

Ese uso busca cambiar en beneficio de la reafirmación y recomposición del poder de la burguesía, utilizando las condiciones creadas por la crisis, las relaciones de fuerza capital/trabajo impuestas por las luchas obreras en la anterior fase de expansión y ocupación, relaciones materializadas en conquistas específicas de la clase trabajadora en la sociedad y en la producción: salarios, seguridad social, condiciones y horarios de trabajo, formas de control sobre el proceso productivo, sindicalización, organización política autónoma, derechos democráticos, etc.

Para ello necesita la subordinación del proletariado —por convicción ideológica o por destrucción de sus organizaciones— a esos proyectos de reestructuración, que son presentados como producto ineludible de la “racionalidad económica” y como medidas indispensables de “salvación nacional” fundadas en la “objetividad” de las leyes económicas.

Bajo esa cobertura ideológica se presentan las diferentes *políticas de austeridad*, comunes hoy a todos los Estados capitalistas, en las cuales se materializa la agresión generalizada contra los asalariados.

Pero justamente la condición del éxito de esas políticas es la ruptu-

⁴ El 7o. Seminario del doctorado de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM (febrero de 1981), en el cual fue presentado este trabajo.

⁵ Ernest Mandel, *La crisis*, México, Editorial Era, 1980, p. 258.

ra de la resistencia obrera —por sumisión de sus organizaciones o por destrucción de éstas, en caso contrario— a dicha ofensiva, en defensa de las conquistas anteriores.

Veamos las condiciones que el capital trata de reunir para obtener dicha ruptura.

3. EJERCITO INDUSTRIAL DE RESERVA Y ORGANIZACION OBRERA:

Históricamente, la situación más favorable al capital en su enfrentamiento con los asalariados lo constituye la desorganización de éstos o, lo que es lo mismo, el aumento de la competencia en el interior de la clase obrera por la venta de su mercancía, la fuerza de trabajo. Cuanto más fuertemente la *relación de competencia* entre fuerza de trabajo y fuerza de trabajo —por individuos, por ramas o por países— se sobreponga y domine a la *relación de solidaridad* que se basa, en último análisis, en la *relación de cooperación* implícita en el proceso de trabajo capitalista y en la realidad material del trabajador colectivo, tanto más fácilmente podrá el capital imponer su propia racionalidad en estado puro, que es la del mercado, contra la clase obrera y en la conciencia de ésta.

La crisis por sí misma, crea una serie de condiciones objetivas que facilitan esa tarea bajo sus dos formas complementarias e interpenetradas: por convicción y por represión. En esta agudización general de las contradicciones que buscan alcanzar un nuevo equilibrio, en cada contradicción se abre paso el interés del sector que se encuentra mejor preparado para tomar la iniciativa e imponer su salida a la crisis.

Sobre la burguesía la crisis determina: *a*) un nuevo impulso al proceso de concentración y centralización del capital, liquidando, absorbiendo o desplazando a las fracciones marginales del capital; *b*) una reestructuración consiguiente de la división internacional del trabajo; y *c*) una reorganización y actualización de las formas de intervención estatal en la economía, con los subsecuentes —o precedentes— reacomodos y desplazamientos en los representantes políticos del capital y en la composición del bloque de poder. Para la clase obrera esos mismos cambios implican, en primer lugar, la desocupación y la amenaza de desocupación, el crecimiento o la reapa-

rición (bajo formas abiertas o encubiertas) del ejército industrial de reserva y, en consecuencia, el aumento automático de la competencia en el interior de la fuerza de trabajo.

Desde este punto de vista, la crisis en principio coloca naturalmente, por sí misma, *a la defensiva* a la clase obrera y *a la ofensiva* al capital, que es quien toma enérgicamente la iniciativa para dar su propia salida. (Y decimos "en principio" porque una fuerte organización obrera, consolidada en la fase de expansión previa a la crisis a favor de la mayor cohesión de la clase debida, entre otras cosas, a la absorción total o parcial del ejército industrial de reserva, puede permitir al proletariado no sólo resistir el asalto del capital contra sus conquistas, sino incluso tomar iniciativas contra el capital, a condición de que éstas no queden en los marcos del sistema, dentro de los cuales sólo las soluciones burguesas, favorables a una u otra fracción del capital, son racionales y razonables).

Los cierres de empresas, la reducción de personal, el bloqueo de nuevas contrataciones (más, en ciertos países, la presión siempre presente del ejército industrial de reserva campesino), presentados todos como "sacrificios" que también pesan sobre el capital y ubicados dentro de una crisis mundial en la cual es visible que en otros países se recurre a las mismas medidas de "saneamiento", colocan a la clase obrera en la situación de tener que defender, ante todo, el *puesto de trabajo*, aceptando sacrificar otras conquistas a esta defensa.

La lucha entre las diversas fracciones del capital —lucha real—, el sacrificio, la eliminación o el desplazamiento de las perdedoras —también real—, es lo que da su núcleo racional a la ideología de los "sacrificios compartidos", y sirve para encubrir el hecho de que a través de la crisis se abre paso e impone sus intereses, contra la clase obrera y los otros capitales, la fracción más agresiva, moderna y concentrada del capital para abrir una nueva fase de acumulación. Al ser la portadora de esa necesidad del sistema —toda crisis, como es sabido, es la preparación de una nueva fase de acumulación—, esa fracción del capital lleva consigo la representación de *todo* el sistema (incluso de las fracciones desplazadas) y de su supervivencia, y la salida que propone constituye, por ello, la salida lógica.

Esa salida incluye como cuestión central, invariablemente, una extensión del ejército industrial de reserva bajo una u otra forma

(que veremos más adelante) y un debilitamiento consiguiente de la posición negociadora de la clase obrera.⁶

Desdichada la clase obrera si sus organizaciones y su ideología la conducen, en medio de la crisis, a aceptar la alianza que invariablemente le proponen las fracciones en desventaja del capital en torno a su política supuestamente “progresista”, “nacional” o “redistributiva” (los nombres son variados), porque se condenará de antemano a la derrota en las condiciones más desastrosas: la derrota no en la lucha por el propio programa, que aun así prepara las condiciones de victorias futuras, sino en la defensa del programa de una fracción de la clase enemiga (programa destinado de antemano al fracaso por la lógica misma del sistema y por lo tanto *utópico* en el peor sentido de la palabra, porque engañoso, desmoralizante e ilusorio). Lucha estéril si las hay, porque sólo deja desconcierto y desorganización en el proletariado, como pueden atestiguarlo las derrotas sufridas en esas condiciones, en los últimos quince años, en Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Bolivia.

4. AUSTERIDAD, PACTO SOCIAL, REPRESIÓN

La política de austeridad, por otra parte, presentada como política de “salvación nacional”, supone siempre un enfrentamiento de cada fracción nacional de la clase obrera mundial con las otras clases obreras nacionales, en nombre de la *competitividad* de “su” capitalismo en el mercado mundial; y, por lo tanto, el ajuste de las demandas obreras a la exigencia de esa *competitividad capitalista* (es decir, a la lógica de la clase enemiga), lo cual tiene su expresión ideológica

⁶ “El capitalismo avanzado no puede evitar un período de expansión económica relativamente desacelerada si no logra destruir la resistencia de los asalariados y lograr así un aumento radical de la tasa de plusvalía. Esto es inconcebible, sin embargo, sin un período de estancamiento y de hecho, incluso sin una caída transitoria de los salarios reales. (...) En esta intensificación de la lucha de clases, el capital no tiene posibilidades de lograr un aumento efectivo de la tasa de plusvalía comparable al que se logró bajo la dictadura nazi o en la segunda guerra mundial, en tanto que las mismas condiciones en el mercado de trabajo inclinan la balanza de las ‘respectivas fuerzas combatientes’ en favor del proletariado. La extensión del ejército industrial de reserva se ha convertido por tanto, en la actualidad, en un instrumento consciente de política económica al servicio del capital” (Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Ediciones Era, 1979, p. 177).

en las llamadas “compatibilidades económicas”. Esto significa que las demandas obreras sólo son proponibles y las conquistas pasadas sólo son defendibles en la medida en que son “compatibles” con el funcionamiento del sistema (en otras palabras, en una época de crisis, con la necesidad del capital nacional de restablecer la tasa de ganancia y abrir un nuevo ciclo de acumulación).

Cada burguesía propone a su clase obrera este *pacto social*, esta lógica de las compatibilidades, cuya “necesidad objetiva” está demostrada en los “sacrificios” (cierres de empresas/desocupación) que la crisis ha impuesto a burguesía y clase obrera, pacto necesario para salvar conjuntamente la nación (el barco en el cual “navegamos todos”..., salvo que unos en clase de lujo y los otros en la sentina) frente a las otras naciones con sus respectivos “pactos”. El nacionalismo es el cemento ideológico, preparado y probado por siglos, de esa propuesta.

Desde la *austeridad* italiana (incluida la versión *sui generis* formulada en Italia por Berlinguer) hasta el *pacto social* español (los pactos de La Moncloa y políticas derivadas), pasando por la *austeridad* francesa de Raymond Barre, la *austeridad* inglesa de Margaret Thatcher y las muchas otras *austeridades* en sus variantes nacionales, puede reconocerse, como lo han hecho diversos economistas marxistas, que asistimos a “una ofensiva de *austeridad universal* del gran capital contra los asalariados”.⁷

Pero como *nacionalismo* y sentido común (o sea, la ideología dominante) suelen no ser suficientes para hacer aceptar el pacto a la clase obrera o a todos sus destacamentos decisivos (sindicales y aun políticos), la burguesía esgrime al mismo tiempo el argumento del peligro —o la amenaza— de la dictadura terrorista, en caso de que el pacto social para establecer la *austeridad* no funcione. Las formas de presentar esta amenaza son tantas como burguesías (y en consecuencia, enfrentamientos capital/trabajo) hay en el mundo, desde el espantajo de la actividad *real* de las “Brigadas Rojas” en Italia hasta el franquismo (también *real*) del ejército y la guardia civil en España, pasando por la presencia (igualmente *real*) del ejército tras la silla presidencial en Colombia o en Perú.

El ejemplo práctico de que esa amenaza no es simbólica contribu-

⁷ Mandel, *op. cit.*, p. 177.

yen a darlo, por otra parte, aquellos países donde la resistencia de la clase obrera, aliada defensivamente a una fracción marginal de la burguesía y en definitiva con el programa de ésta (es decir, sin proponerse romper los marcos del sistema), y afirmada además en poderosas organizaciones construidas en la etapa anterior, ha sido tan grande como para bloquear todos los asaltos de la austeridad. Allí, esa resistencia ha exigido la intervención del ejército en primera persona para quebrarla por el terror y reorganizar dictatorialmente el sistema. Argentina (con la huelga general que en junio de 1975 derrotó al plan de austeridad de Isabel Perón y su ministro Rodrigo, y preparó así el recurso militar al golpe en marzo de 1976) podría ser el ejemplo clásico de este tipo de imposición represivo y terrorista de la austeridad; pero también corresponden a él los casos de Uruguay, Bolivia y, a su modo especial (gobierno de Allende, diverso del peronismo o la UDP), Chile.

Un caso peculiar de la combinación de ambos métodos podría ser la actual situación en Brasil (adelanto a su vez de la relación estatal que buscan institucionalizar las dictaduras vecinas). Los trabajadores brasileños han hecho la experiencia de la dictadura antiobrera en carne propia, a partir de 1964 y sobre todo desde 1968 ("Acto Institucional número 5"). El periodo que se inicia en 1976-1977 (tal vez antes) ha visto una notable reorganización de sus luchas y un aumento relativo de sus conquistas. Pero por factores a la vez nacionales e internacionales, se están agotando los efectos de la reorganización impuesta por la dictadura. La burguesía necesita imponer nuevas restricciones en las concesiones salariales arrancadas por la clase obrera en los últimos años. En consecuencia, algunos de sus sectores (los más amenazados directamente por la retracción de inversiones estatales y por el grado de organización de su proletariado, como el sector de bienes de capital) están llamando a un *pacto anti-recesivo*, en el cual ofrecen a sus trabajadores ciertas concesiones en cuanto a la garantía del puesto de trabajo (reducción del *turn over*) y derechos de organización (mediados por los "pelegos"), a cambio de que éstos acepten disminuir demandas salariales o que incidan en el salario.⁸

⁸ Francisco de Oliveira, "La situación económica del Brasil en la actual coyuntura internacional", conferencia en la DEP de la Facultad de Economía, UNAM, enero de 1981.

La alternativa, si este pacto no es aceptado y se confirma la posibilidad de recesión, sería, según los ideólogos de ese sector, un cierre de la “apertura democrática” y un endurecimiento del gobierno militar. Como se ve, en este caso los argumentos económicos y políticos se combinan específicamente para justificar los sacrificios, la moderación en las demandas y el pacto social.

5. INNOVACION TECNOLOGICA Y EJERCITO INDUSTRIAL DE RESERVA

La agresión del capital no se limita a las esferas de la ocupación, del salario y de las conquistas sociales (reducción de gastos sociales del Estado), ni sus métodos se agotan en la represión estatal o en la subordinación ideológica del proletariado a sus proyectos mediante la subordinación de sus organizaciones a la racionalidad capitalista.

El núcleo de la dictadura del capital sobre el trabajo no está, como es sabido, en las instituciones estatales sino en el proceso de producción, en la fábrica misma. En último análisis, no está en las condiciones de *compra* de la fuerza de trabajo en el mercado, sino en las condiciones de *uso* de la fuerza de trabajo (ya adquirida por el capitalista) en la producción —en el trabajo, pues.

Está —el núcleo, decimos, no toda la dictadura— en la organización capitalista del trabajo, organización que es siempre y en cada momento la expresión concentrada de la contradicción entre proceso de trabajo y proceso de valorización y de su solución capitalista.

Es allí donde el capital lleva constantemente su trabajo de Sísifo: hacer surgir la figura del obrero colectivo como condición de la organización capitalista del trabajo y tratar de impedir, al mismo tiempo, que del trabajador colectivo, de ese ser de innumerables brazos que decía Marx, surja una conciencia obrera colectiva y autónoma, sino una multitud pulverizada de conciencias individuales, es decir, una no-conciencia colectiva. El carácter insoluble de la empresa reside en que el proceso de trabajo, en el cual la mercancía fuerza de trabajo que el capitalista adquiere consume su valor de uso en el trabajo, requiere el pensamiento del trabajador (sin el cual no existen su conocimiento ni su iniciativa, y entonces su fuerza de trabajo no se materializa en trabajo, no tiene valor de uso); pero ese pensamiento es indivisible y no puede poner en movimiento al trabajo vivo del cual forma parte (y mover al trabajo objetivado, las

máquinas, que se le contrapone) sin materializarse al mismo tiempo (mal o bien, es otro problema) en pensamiento colectivo. En otras palabras: no hay fuerza colectiva de trabajo, cooperación, condición indispensable del proceso de trabajo capitalista, sin conciencia colectiva, condición elemental (no suficiente) de la organización obrera. La fuerza de trabajo es una mercancía que piensa, es decir, que resiste y tiene iniciativa, dentro del proceso de trabajo y fuera de él.

Y sin el proceso de trabajo capitalista, soporte material del proceso de valorización, no hay acumulación ni reproducción del capital. Pero a su vez la continuidad del proceso de valorización del capital (y más todavía en esa agudización de todas las contradicciones capitalistas que es la crisis) requiere que en el proceso de trabajo se llegue a la mayor eliminación posible de la iniciativa, la autonomía y el pensamiento de la fuerza de trabajo. Esta es la lógica última (no la única) que preside el proceso secular de introducción de innovaciones tecnológicas, enormemente acelerado con la tercera revolución tecnológica posterior a la Segunda Guerra Mundial.⁹

La otra lógica (en última instancia reductible a la anterior) es la dictada por la competencia entre los diversos capitales y la obtención temporaria de superganancias a través de la introducción de innovaciones en la tecnología todavía no extendidas al conjunto de la industria o rama de industria.

⁹ Karl Marx, *El Capital*, México, Siglo XXI. En los cuadernos publicados con el título de *Capital y tecnología*, *op. cit.*, p. 64, Marx anota: “Las huelgas se llevan a cabo principalmente para esto, para impedir la reducción del salario o para arrancar un aumento del salario o para establecer los límites de la jornada de trabajo. En ellas se trata siempre de contener dentro de ciertos límites la masa absoluta o relativa del tiempo de plustrabajo o de hacer que el trabajador mismo se apropie de una de sus partes. Contra esto, el capitalista emplea la introducción de la maquinaria. En este caso la maquinaria aparece directamente como medio para acortar el tiempo de trabajo necesario; *idem* como forma del capital — medio del capital; poder del capital — sobre el trabajo, para reprimir cualquier pretensión de autonomía por parte del trabajo. En este caso, la maquinaria *también entra en escena intencionalmente como forma del capital hostil al trabajo*”. Y entre varias citas, reproduce a continuación la siguiente de Peter Gaskell en *Artisans and Machinery*, Londres, 1836: “Los primeros patrones de la manufactura que debían confiarse enteramente al trabajo de la mano de obra, sufrían periódicamente graves e inmediatas pérdidas debido al espíritu rebelde de la mano de obra, que escogía el momento justo y ventajoso para ella, cuando el mercado presionaba de manera particular, para hacer valer sus pretensiones... se estaba acercando rápidamente una crisis que hubiera bloqueado el progreso de los manufactureros, cuando el vapor y su aplicación a las máquinas desviaron de golpe la corriente revirtiéndola contra los obreros”.

De este modo, en la introducción de innovaciones tecnológicas dichos objetivos se combinan con otros dos: la reconstitución del ejército industrial de reserva,¹⁰ por un lado, y la destrucción de las condiciones sobre las cuales se dio previamente la organización de los trabajadores, por el otro.

Esto, al menos de tres maneras complementarias.

En primer lugar, no es sólo la existencia de capital excedente en los países centrales sino las posibilidades creadas por la llamada “revolución informática” lo que ha permitido la escala actual en que se realiza la exportación de capital productivo y la internacionalización de los procesos productivos. Esto facilita la utilización en los países semindustrializados de máquinas y equipo en vía de desvalorización en los países centrales, junto con máquinas último modelo, combinación que permite modernizar en los países receptores las relaciones de explotación y dominación del capital sobre los asalariados en relación con las existentes anteriormente y recomponer en los países centrales, con métodos más recientes, esas mismas relaciones, desorganizando las anteriores bases de organización y resistencia de la fuerza de trabajo en el seno de la producción.¹¹

Esto permite, por otro lado, internacionalizar el ejército industrial de reserva y presionar sobre las condiciones de organización

¹⁰ “En la actualidad el capital tiene a su disposición dos maneras de reconstruir el ejército industrial de reserva: por un lado, la intensificación de las exportaciones de capital y la reducción sistemática de las inversiones internas, lo que significa transferir capitales a donde todavía existe un exceso de mano de obra, en lugar de traer ésta a donde existe un exceso de capital; y por otro lado, la intensificación de la automatización o, en otras palabras, la concentración de inversiones para liberar la mayor cantidad posible de trabajo vivo (la industrialización ‘en profundidad’ más que ‘en amplitud’). Mandel, *op. cit.*, p. 179.

¹¹ “Ante todo debe tenerse en cuenta el lugar que ocupan estas economías (los países semindustrializados de América Latina) dentro de la estructura de la economía mundial. Al estar sometidas a las contradicciones que vive la acumulación del capital en los polos dominantes, ellas sufren desde el fin de los años cincuenta un proceso de internacionalización del capital *productivo* materializado en máquinas y equipos en vías de desvalorización y/o destrucción en los países centrales, que a su vez es *resultado* de las resistencias crecientes que encuentra la dominación-explotación de la clase obrera en los países desarrollados y *engendra* una estructura productiva particularmente heterogénea que es el fundamento de nuevas formas de sumisión del trabajo al capital en los países subdesarrollados” (Gilberto Mathias, “Acumulación del capital, proceso de trabajo y nuevas formas de las luchas obreras en América Latina”, en *Coyoacán*, México, núm. 9, julio-septiembre de 1980, p. 23).

y de negociación de la fuerza de trabajo frente al capital en los países centrales. Las diferentes partes de un producto (automóvil o aparato electrónico) pueden producirse en diferentes establecimientos y en diferentes países y montarse en otros: “existe una división internacional del trabajo que ahora ya atraviesa el producto mismo”.¹²

En segundo lugar, permite introducir métodos más flexibles de organización del trabajo allí donde es mayor la resistencia obrera organizada (las llamadas técnicas de *job enrichment*, o enriquecimiento de tareas, de las cuales resulta una parcial recomposición de tareas antes pulverizadas al extremo por el taylorismo), y exportar los métodos más rígidos allí donde las posibilidades de control patronal-policial de los trabajadores en el interior del proceso productivo son mayores.¹³ En ambos casos, las viejas condiciones de organización de la fuerza de trabajo sufren alteraciones decisivas por iniciativa del capital.

En tercer lugar, el capital puede mantener y proseguir bajo su control el proceso de descalificación/recalificación (por lo tanto, recomposición) de la fuerza de trabajo, extendiéndolo a escala internacional y ampliando de este modo las fronteras relativas del ejército industrial de reserva y las relaciones de competencia en el interior de la clase obrera.

Innovación tecnológica e internacionalización del capital y de los procesos productivos son, por lo tanto, condiciones complementarias para la salida capitalista de la crisis y para la recomposición del poder burgués frente al proletariado. El capital internacionaliza su ofensiva, sin por ello interrumpir la competencia entre los muchos capitales, sino precisamente sobre esa base. Pero, al mismo tiempo, con la ideología de las “compatibilidades” empuja al proletariado a *nacionalizar* su respuesta, encerrándolo en los marcos de sus pasadas condiciones históricas de organización en cada país y de la mediación del Estado nacional.

Es indudable que, vista en el largo periodo histórico, la internacionalización del capital sería la internacionalización de la clase

¹² Lis De Sanctis, Paola Manacorda y Lucio Rouvery, “*L’automazione entra nella fabbrica e negli uffici*”, *Dossier Lavoro del Manifesto*, Roma, octubre de 1980. Véase también nota 33 *infra*, sobre el “auto mundial”.

¹³ Véase Mathias, artículo citado, *loc. cit.*, pp. 24-25.

obrera o la extensión internacional del trabajo asalariado y la tendencia a la homogeneización de su relación con el capital. Pero, aparte de las poderosas contratendencias que la estructuración del capitalismo en Estados nacionales opone a esta “tendencia”, los conflictos se resuelven, las crisis se superan y las rupturas se operan en la historia concreta, no en el “largo plazo”, y en esa realidad que es hoy la de la crisis, el capital lleva todavía la iniciativa.¹⁴

6. NUEVAS TECNOLOGIAS Y ORGANIZACION OBRERA

Son conocidos los estudios¹⁵ que muestran hoy, como Marx explicaba ayer,¹⁶ de qué modo la introducción de nuevas maquinarias y la consiguiente reorganización del proceso de trabajo van expropian-
do el saber obrero e incorporándolo al capital como su propiedad y como su poder sobre la fuerza de trabajo; en otras palabras, cómo el conocimiento abandona al trabajo vivo para incorporarse a subor-
dinarse al trabajo muerto y potenciar a éste frente a aquél.

¹⁴ Escurioso y agudo, como otras de sus observaciones, el comentario de Antonio Negri a la famosa fase de Keynes sobre el largo plazo: “¿Qué es en realidad este futuro con el cual tan acremente quiere ajustar cuentas Keynes, si no una vez más aquella catástrofe para él y para los suyos, aquel partido de la catástrofe que ve vivir frente a sí como clase obrera? Desde este punto de vista la afirmación keynesiana, tantas veces superficialmente repetida: ‘a largo plazo todos estaremos muertos’, es casi un rabioso presagio de clase”. (Sergio Bologna, Antonio Negri y otros. *Operai e Stato*. Milano, Feltrinelli, 1972, p. 87).

¹⁵ Entre otros. Harry Braverman. *Labor and Monopoly Capital*. Nueva York. Monthly Review Press, 1974 (hay traducción en español. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977); David F. Noble. *America By Design*. Nueva York. Oxford University Press, 1977; Benjamin Coriat. *Science, Technique et Capital*. París, Editions du Seuil, 1976; Benjamin Coriat. *L'atelier et le chronomètre*. París. Christian Bourgeois Editeur, 1978; Michel Freyssenet. *La division capitaliste du travail*. París, Savelli, 1977; Michel Aglietta. *Regulación y crisis del capitalismo*. México, Siglo XXI Editores, 1979; Autores varios. *La division capitaliste du travail (Colloque de Dourdan)*. París, Editions Galilée, 1978; CEDT. *Les dégâts du progrès*. París, Editions du Seuil, 1977 (hay traducción en español); Ferdinando Chiaromonte. *Sindacato, ristrutturazione, organizzazione del lavoro*. Roma, ESI 1978; *Dossier lavoro del Manifesto. Roma. Il Manifesto*, 1980; más una abundante bibliografía italiana y revistas como *Clase. Primo Maggio. I Consigli* y otras. También diversos artículos de la revista *Capital and Class* de Londres.

¹⁶ En los manuscritos de 1861-1863, ahora publicados con el título de *Capital y tecnología*. *op. cit.*, p. 157-160. Marx dice: “Por lo tanto, la tendencia de la producción a máquina se manifiesta, por una parte, en un continuo despido de obreros (de empresas mecánicas o artesanales), pero, por la otra, en un constante reclutamiento, desde el

Pero al hacerlo así destruyen también, como recordamos antes, las condiciones materiales del proceso de trabajo sobre las cuales se organizó la fuerza de trabajo en fases anteriores y le plantean a ésta incógnitas nuevas, tanto para enfrentarse al capital como para relacionarse consigo misma. Esto había sido ya cuidadosamente constatado en 1836 por el señor Ure.¹⁷

momento que en un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas el plusvalor sólo puede aumentar a través del aumento del número de obreros ocupados simultáneamente. Esta atracción y repulsión son características, como lo es también, por consiguiente, la continua *oscilación del nivel de vida del obrero*.

“Con las huelgas se pone de manifiesto el hecho de que las máquinas, se usan e inventan a pesar de las exigencias directas del trabajo vivo, y sirven como medio para aplastarlo y someterlo. (Véase a Ricardo sobre la continua contradicción entre las máquinas y el trabajo vivo).

“En consecuencia, aquí es mucho más evidente la alienación de las condiciones objetivas del trabajo —del trabajo pasado— respecto al trabajo vivo como contradicción directa; al mismo tiempo, el trabajo pasado (o sea, las fuerzas sociales del trabajo, comprendidas las fuerzas de la naturaleza y de la ciencia) se presenta como arma que sirve, en parte para echar a la calle al obrero y reducirlo a la condición de *hombre superfluo*, en parte para privarlo de la especialización y acabar con las reivindicaciones basadas en esta última, y en parte para someterlo hábilmente al despotismo de la fábrica y a la disciplina militar del capital.

“En este aspecto resultan decisivas, por lo tanto, *las condiciones sociales* del trabajo creadas por la fuerza productiva social del trabajo y por el trabajo mismo, no sólo como fuerzas ajenas al obrero, fuerzas pertenecientes al capital, sino también como fuerzas hostiles a los obreros y que los oprimen, dirigidas contra cada uno de los obreros en defensa de los intereses del capitalista.

“Además, ya hemos señalado que el modo de producción capitalista no sólo cambia formalmente, sino que realiza una revolución en todas las condiciones sociales y tecnológicas del proceso laboral; el capital no se presenta ahora sólo como condiciones materiales de trabajo que no pertenecen al obrero —la materia prima y los medios de trabajo— sino como encarnación de las fuerzas sociales y de las formas de su trabajo común contrapuestas a cada uno de los obreros.

“El capital se presenta también bajo la forma de trabajo pasado —en la máquina automática y en las máquinas puestas en movimiento por él—; se presenta, como es posible demostrarlo, independiente del trabajo vivo; en lugar de someterse al trabajo vivo, lo somete a sí mismo; el hombre de fierro interviene contra el hombre de carne y hueso.

“La sumisión del trabajo del hombre de carne y hueso al capital, la absorción de su trabajo por parte del capital, absorción en que está encerrada la esencia de la producción capitalista, interviene aquí como hecho tecnológico. (...).

“El dominio del trabajo pasado sobre el vivo, junto con la máquina —y con el taller mecánico basado en ésta última— no sólo deviene social, expresado en la relación entre capitalista y obrero, sino también, por así decirlo, una *verdad tecnológica*”.

¹⁷ Anota Marx en *Capital y tecnología*, op. cit., p. 65: “Refiriéndose al invento de una nueva máquina textil, A. Ure afirma: ‘De este modo la horda de los descontentos, que se creía invenciblemente atrincherada detrás de las viejas líneas de la división del tra-

Esta constante reorganización ha sido llevada a formas extremas con el taylorismo y el fordismo y, en la actualidad, con la automatización. Esta, como señala Paola Manacorda, no constituye tanto una superación del taylorismo cuanto una ulterior evolución de éste al establecer “un nivel diverso, seguramente más global, de organización científica de la producción”.¹⁸

Ciertamente, la introducción de la automatización, como hemos recordado más arriba, no obedece solamente a las necesidades de subordinación de la fuerza de trabajo al capital. Creemos que Paola Manacorda precisa bien la cuestión¹⁹ y nos parece útil hacer la cita por extenso:

Para evitar retomar temas que ya han sido objeto de análisis en otros lugares y ocasiones —dice Manacorda como introducción a su informe—, queremos limpiar la escena de las dos interpretaciones, ambas reductivas y esquemáticas, que a veces se encuentran. La primera, de marca reformista, según la cual la automatización es sólo el fruto lógico y natural de un genérico “proceso científico y tecnológico”, que se debe aceptar sin discutir su finalidad y sus mecanismos; la segunda, que ve en la innovación tecnológica solamente la maniobra opresiva del capital con respecto a la clase obrera.

Queremos en cambio reiterar que los análisis más completos han conducido a entrever en la automatización, como en todos los fenómenos complejos que tienen lugar en una sociedad de clases, elementos contradictorios que son el fundamento de las decisiones tomadas y que se pueden resumir, esquemáticamente, del siguiente modo. La automatización ha sido:

bajo, ha sido atacada y vencida por los flancos y, habiendo sido aniquilados sus medios de defensa con la táctica mecánica moderna, se ha visto obligada a rendirse sin condiciones”.

¹⁸ “El otro carácter profundamente innovador de las tecnologías de automatización es la ruptura del carácter estrechamente determinístico del proceso productivo, y su sustitución por una lógica de sistema de tipo probabilístico, que ve a las diversas fases del proceso interrelacionadas de manera compleja y no necesariamente lineal. Es este carácter lo que ha llevado a muchos, como es sabido, a hablar de superación del taylorismo. Y ciertamente, es una superación si del taylorismo se asume solamente el carácter, justamente determinístico; mientras no se puede hablar de superación, sino de ulterior evolución, si se considera a la automatización como un nivel diverso, seguramente más global, de organización científica de la producción” (Paola Manacorda, “Modifiche del lavoro e nell’organizzazione del lavoro indotte da processi informatici e di automazione”, informe preparado para la conferencia “Realta, tendenza e ideologia del lavoro in Italia”, organizada por *Il Manifiesto*, Milán, octubre-noviembre de 1980).

¹⁹ Manacorda, informe citado. Véase, en un sentido similar, las consideraciones de Gilberto Mathias en el artículo citado, *Coyoacán*, pp. 21-23.

- un instrumento para enfrentar por parte del capital, la creciente complejidad y turbulencia del ambiente externo, sea bajo la forma de mercados o la de productos tecnológicamente nuevos;
- una estrategia para recuperar, al menos en parte, la flexibilidad del proceso productivo puesta en cuestión por la rigidez de la clase obrera y por la organización del trabajo rígidamente taylorista;
- una respuesta a algunas exigencias planteadas por la clase obrera, en términos de eliminación de la nocividad y repetitividad del trabajo y de recomposición de las tareas;
- un instrumento, especialmente en lo referente a la automatización administrativa, para acelerar la circulación del capital.

Las interpretaciones que tienden a avalar sólo la motivación técnico-económica o sólo la política son, por lo tanto, bastante limitadas, y des-
cuidan los profundos entrelazamientos que siempre se presentan entre estos dos aspectos en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Pero si bien ambos componentes deben ser incluidos y comprendidos en su interrelación específica en cada caso si ha de formularse una política obrera frente a la política del capital, nos interesa aquí ocuparnos del salto ulterior que la aceleración de la innovación tecnológica introduce en la lucha del capital por la desorganización y la subordinación de la fuerza de trabajo; o, en otros términos, del *uso capitalista de las transformaciones del proceso de trabajo para la desorganización de la fuerza de trabajo*.

Recapitulemos muy esquemáticamente las grandes etapas históricas de este proceso.

Maquinismo y gran industria

El obrero colectivo se constituye con la formación y la extensión de la gran industria, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Esa clase obrera, en proveniencia directa del artesanado y de la manufactura, es decir, antes dueña de su oficio, no es todavía expropriada totalmente de sus conocimientos. Progresivamente, parte de éstos se incorporan a las máquinas, pero nuevos conocimientos, nuevas prácticas con respecto al funcionamiento de las propias máquinas se crean nuevamente y son reapropiados por la fuerza de trabajo. Este proceso es muy nítido cuando son introducidas las máquinas llamadas “universales”, en las que el obrero debe recurrir, para operar con ellas, a los conocimientos del viejo oficio tanto sobre

el instrumento como sobre el objeto de trabajo.²⁰ Pero ese “saber práctico” se reproduce, bajo otras formas, hasta en las más modernas industrias de proceso, químicas y petroquímicas.²¹

Aquella clase obrera, en transición entre el oficio y el maquinismo, que comenzaba a sufrir los embates del taylorismo desde inicios del siglo y que a partir de 1914 iba a ser atacada por la cadena de montaje (que desde ese año empezó a producir ininterrumpidamen-

²⁰ Sobre la introducción de máquinas todavía muy poco especializadas en las fábricas *Renault*, a principios de siglo, dice Michel Freyssenet: “Los grados en la mecanización y la especialización de las máquinas son muy variados y van a elevarse rápidamente, echando las bases para la automatización. El maquinismo tampoco se impone de un golpe en todas las fabricaciones. En una misma fábrica coexistieron durante mucho tiempo obreros de oficio y obreros de máquina. Lo que es importante señalar es que éstos fueron considerados, en esa época, como obreros descalificados con relación a aquéllos”. Sin embargo, sus conocimientos se remitían todavía directamente a los del oficio, como recuerda Alain Touraine (citado por Freyssenet): “A falta de un conocimiento riguroso de los metales y del modo de trabajo de las herramientas, era preciso confiar en la experiencia personal del obrero. El cortador de madera escoge personalmente su materia de trabajo; el tornero siente la vibración de la pieza mal fijada, demasiado profundamente atacada por la herramienta. (...) Las antiguas perforadoras eran denominadas *sensitivas*. El perforador, como el tornero, modificaban continuamente, con movimientos delicados, la marcha de la máquina, adaptándola a la naturaleza del metal y a la precisión del trabajo que se quería obtener” (Michel Freyssenet, *op. cit.*, p. 42).

²¹ Roberto Linhart, en un estudio sobre el proceso de trabajo en las grandes unidades de refinación petrolera y de producción petroquímica de base, dice: “El proceso de producción aparece gobernado por un doble sistema de saber. Por un lado, el saber teórico: aplicación de la química a cierto número de reacciones que son desencadenadas a escala industrial. (...) Por otro lado, un saber práctico, adquirido empíricamente en el lugar de trabajo por los obreros de fabricación —operadores y ayudantes de operador, pero sobre todo jefes de puesto—, saber que ellos se trasmiten oralmente, y lo cual no excluye, por lo demás, los particularismos entre puesto y puesto. (...) Se podría imaginar que este saber práctico se reduce a una pura y simple explicación sectorial del saber teórico. Sin embargo, no es así: hay un margen de divergencia. Constituidos a partir de bases diferentes y conservados por prácticas perfectamente distintas, los dos saberes no coinciden. *De ahí surge un desdoblamiento entre el funcionamiento oficial de la unidad de producción y su funcionamiento efectivo*. En teoría, habría que proceder de tal modo, que obedece a la teoría química de la reacción. En la práctica, se procede de tal otro modo que corresponde mejor al funcionamiento ‘cómodo’ puesto a punto por los tanteos de los obreros de fabricación. Por supuesto, la dirección de la empresa conoce bien ese desdoblamiento”. A continuación, Linhart explica las diversas razones por las cuales la empresa acepta y hasta estimula esa situación. (Robert Linhart, “*Procés de travail et division de la classe ouvrière*”, en *La division du travail — Colloque de Dourdan*, *op. cit.* Véase en el mismo sentido, en el mismo volumen, la ponencia de Benjamin Coriat, “*Differentiation et segmentation de la force de travail dans les industries de process*”.

te los primeros modelos T en la fábrica *Ford*), es la clase obrera de donde surgió la primera gran ola mundial de enfrentamiento con el capital; la que organizó entre los años diez y los años veinte de este siglo los consejos obreros en Alemania, en Italia, en Inglaterra; la que contribuyó a demoler el imperio austrohúngaro, la que hizo las huelgas generales de esos años en América Latina (Argentina, Chile, Perú, México, Brasil); la que, en una prefiguración del futuro proletariado industrial, organizó como *Industrial Workers of the World* en Estados Unidos; la que en la punta más avanzada de ese asalto internacional a las posiciones del capital formó los soviets en Rusia y abrió la primera brecha, que ya no volvió a cerrarse, en el sistema capitalista mundial con el establecimiento de la “República de los Soviets”.²²

Ciertamente, ya hay aquí una primera ampliación del ejército industrial de reserva a través de la descalificación de la fuerza de trabajo. Pero el proceso está apenas en sus inicios, y en cambio ha llegado a maduración la constitución del obrero colectivo, precisamente sobre la combinación mencionada, en cuya figura se disuelven definitivamente el antiguo artesano y sus reminiscencias mutualistas y se afirma con energía juvenil un personaje nuevo y ya maduro, el obrero de la gran industria, seguro de sí mismo y conocedor de su enemigo; aquel que realizará, entre otras, hazañas como la ocupación de las fábricas en Italia en septiembre de 1920.

Contra esa figura se lanza la nueva ofensiva del capital y su re-estructuración de las fábricas, espoleada además por las exigencias de la industria de guerra a partir de 1914.²³

²² *Critique*, revista de estudios soviéticos y teoría socialista, Londres, núm. 3, 1974, publicó un ensayo de Chris Goodey, “*Factory, Committees and the Dictatorship of the Proletariat (1918)*”, en el cual se analiza el surgimiento de los consejos antes de la revolución rusa y el tipo de obreros especializados que resultaban elegidos como delegados para integrarlos.

²³ En el libro citado, Antonio Negri pone el acento sobre este aspecto del proceso: “Taylorismo, fordismo, tienen esta función inmediata: quitar el partido bolchevique a la clase, a través de la manifestación del modo de producir y la descalificación de la fuerza de trabajo; introducir por esa vía nuevas fuerzas obreras en el proceso productivo”

Taylorismo y fordismo

La introducción del taylorismo y del fordismo (y con él, la cadena de montaje, la producción para el consumo de masa, los salarios más altos que favorecen este consumo y ligan al obrero a la empresa *Ford*), en las industrias entonces de punta revoluciona la anterior organización del trabajo y constituye un nuevo e insidioso “ataque por los flancos”, como diría Ure, contra “las viejas líneas de la división del trabajo” en donde se había afirmado la organización obrera luego de años de luchas y experiencias nacionales e internacionales.

El sistema de Taylor, que él mismo llamó inicialmente “sistema de dirección por fijación de tareas”, se constituye como un tipo de organización del trabajo que es a la vez un proceso de expropiación del saber obrero en provecho del capital, reduciendo ese saber a sus elementos más simples (estudio de tiempos y movimientos para cada tarea) y recomponiéndolo bajo la forma de tareas precisas fijadas por la dirección a cada trabajador. En las palabras de Benjamín Coriat:

La idea de tarea resume y concentra en sí todos los principios básicos del taylorismo:

- Mediante la reducción del saber obrero a sus elementos más simples, donde la tarea se define como la parte más pequeña de un proceso homogéneo de trabajo, se opera el trastocamiento que el taylorismo realiza.
- Toda la *actividad clasificatoria* del taylorismo, el estudio “científico” de los tiempos y los movimientos no busca otra cosa que definir *tareas simples* fijadas a los obreros y susceptibles de ser controladas.
- Finalmente, y este es un elemento muy importante, la tarea instaura la práctica *individual* del obrero, allí donde el equipo y las solidaridades de grupo —surgidas de los oficios— eran fuertes y vivaces.²⁴

De este modo, agrega el mismo autor, “todo lo que el maquinismo todavía no ha realizado en materia de expropiación técnica de los obreros, el taylorismo lo realiza por medio de la organización del trabajo y, con eso mismo, viene a tomar el relevo del maquinismo y a imprimirle un nuevo impulso”.²⁵ (confróntese una afirmación simi-

²⁴ Coriat, *Science, Technique et Capital*, *op. cit.*, p. 120.

²⁵ Coriat, *op. cit.*, p. 133. En el mismo lugar, Coriat resume así su apreciación sobre “el papel histórico desempeñado por Taylor y el taylorismo”: “Todo cuanto Marx anuncia

lar de Paola Manacorda en cuanto a la relación que guarda la automatización con el taylorismo, su predecesor, incluida en la nota 19).

El taylorismo, iniciado en Estados Unidos, se extiende a Europa y se afirma allí bajo la presión de las necesidades de la producción de guerra, entre 1914 y 1918. En las fábricas *Renault*, la primera reacción contra el taylorismo es el abandono de la empresa por muchos obreros; después, en diciembre de 1912, estalla la primera huelga contra la nueva organización del trabajo; suspendida por tratativas, vuelve a comenzar el 10 de febrero de 1913 y termina el 26 de marzo, con la victoria de la patronal. La reconversión de las fábricas para la industria de guerra de 1914 termina de afirmar los nuevos métodos de organización del trabajo.²⁶

El siguiente paso, que completa el taylorismo, lo constituye la invención de la cadena de montaje, elemento central (pero no único) del método de explotación/dominación de la fuerza de trabajo concebido por Henry Ford y extendido luego a todo el mundo. Citemos nuevamente a Benjamín Coriat:

Ford, con la introducción de la *cadena*, realiza un desarrollo creador del taylorismo que lo lleva —desde el punto de vista del capital— a una especie de perfección. En efecto, la introducción de la cadena de montaje permite al mismo tiempo:

- incorporar los tiempos y movimientos en el maquinismo mismo;
- “desmigajar” y “parcelizar” en grados nunca alcanzados hasta entonces los gestos requeridos por parte del trabajo vivo;
- todo esto, haciendo posible una considerable intensificación del trabajo.

Y por supuesto es el trabajo muerto (la propia cadena) lo que constituye el fundamento del proceso de trabajo. No tiene pues nada de

en lo que se refiere a las *características específicamente capitalistas del proceso de trabajo* (parcelación de las tareas, incorporación del saber técnico en el maquinismo, carácter despótico de la dirección). Taylor, en lo que toca a él, *lo realiza*, o más exactamente le da una esfera de extensión que hasta entonces no tenía. El interés excepcional que presenta Taylor reside en que se trata de la expresión *consciente, concentrada y sistemática* de los intereses del capital en un momento estratégico de su historia. Hace conscientes a la burguesía los imperativos de la valorización del capital con relación a las formas a imprimir al proceso de trabajo, formas que Marx, en forma deductiva, anunciaaba”

²⁶ Freyssenet, *op. cit.*, p. 43. En el mismo lugar, Freyssenet registra: “Alphonse Merrheim, secretario de la Federación de Metalúrgicos CGT, escribía en 1913 en *La Vie Ouvrière*: ‘La inteligencia es expulsada de los talleres y de las fábricas, no deben

sorprendente que la cadena fordiana, desde 1920, haya ganado terreno incesantemente y haya sido adoptada cuantas veces la naturaleza del producto lo permitía.

Taylorismo más fordismo determinan, entonces, un nuevo impulso de las fuerzas productivas y les imprimen hasta en sus aspectos materiales (como objetos físicos) características muy precisas. Si se trata de “una revolución de las condiciones de producción”, es una revolución interna al capital, en su beneficio y sobre cuyo proceso tiene el dominio completo.²⁷

Taylorismo y fordismo, con su trastocamiento de las anteriores condiciones de trabajo, extienden el proceso de descalificación de la fuerza de trabajo, vuelven a ampliar las fronteras reales o potenciales del ejército industrial de reserva y operan una recomposición de la clase obrera. Nace lo que posteriormente se ha llamado el obrero-masa, el obrero de la cadena de montaje. La lucha para volver a anteriores formas de organización del trabajo es una lucha perdida, como se comprueba desde las primeras huelgas contra el taylorismo. La clase obrera no tarda en comprender que debe reorganizarse para hacer frente y derrotar el nuevo desafío desde adentro mismo de la producción.

De esa lucha fue naciendo una nueva forma de unidad y de articulación entre las diversas categorías y calificaciones de obreros crea-

quedan allí sino brazos sin cerebros, autómatas de carne y hueso adaptados a autómatas de hierro y de acero. Si esto es lo que se llama progreso, nosotros debemos estar contra esa forma de progreso. Pero esto no es el progreso'. No se puede decir más claramente que la forma de desarrollo de las fuerzas productivas está dictada por las relaciones sociales de producción".

²⁷ Coriat, *Science.....*, p. 126. A todo lo cual el mismo autor agrega el siguiente comentario: “La idea de la ‘neutralidad’ de las técnicas tan fuertemente anclada entre los economistas y que corresponde a la tesis según la cual las máquinas, herramientas, n. edios de producción en general, poseen como objetos materiales características que son requeridas por las reglas ‘técnicas’ de su fabricación, tiene aquí un desmentido muy neto. Por supuesto, la técnica permanece. Pero antes que la técnica, está la política, la lucha de clases y la apropiación de la técnica por el capital. Lo cual explica y hace posible que las características técnicas sean las que exigen no la mayor eficacia del trabajo ‘en general’ —lo que en realidad no quiere decir nada: no se trabaja ‘en general’ sino siempre bajo determinadas relaciones de producción—, sino la maximización del producto (para hablar con rigor, hay que decir: del *plusvalor*) en las condiciones de una división del trabajo que asegura al capital el dominio sobre el proceso de trabajo. Recordemos que estos dos objetivos no son *contradicторios*. La instauración de la dominación es, en cierto modo, la condición de la extorsión máxima de *plusvalor*, por lo que ambos imperativos aparecen mucho más como complementarios”.

das por las modificaciones en el proceso de trabajo. Esas luchas estuvieron en la base del surgimiento en Estados Unidos, en los años treinta, de los grandes sindicatos de industria y del CIO, así como de las grandes movilización y conquistas del 1936 en Francia. La incorporación de nuevas fuerzas obreras, muchas veces de origen campesino, a las fábricas, sólo transitoriamente tuvo el efecto de rebajamiento de la anterior conciencia obrera que buscaba el capital. Después de un tiempo, la recomposición de la clase, combinada con una situación favorable en el mercado de trabajo, dio origen a una mezcla explosiva para el mantenimiento de las condiciones de control del capital sobre el proceso productivo.

De esa combinación surgió, entre otros, el gran movimiento de masas que dio origen a los nuevos sindicatos industriales en Argentina en los años iniciales del peronismo (1944-1946) y a la formación de las comisiones internas como órganos unitarios y democráticos de control de los trabajadores dentro del proceso productivo. De ella, y de las viejas tradiciones del proletariado italiano, surgieron en la gran ola de luchas de 1968 y 1969 (especialmente en el llamado “otoño caliente” de 1969) los *consigli*, los consejos de fábrica que son hasta hoy, pese a los ataques incessantes de la patronal y a los procesos de burocratización interiores, la estructura de base de los grandes sindicatos unitarios italianos. La misma combinación fue operándose en Brasil durante los años del desarrollo capitalista estimulado por la dictadura militar, particularmente a partir de 1968, y de allí vinieron el impulso, las formas organizativas y los nuevos dirigentes de las huelgas entre 1978 y 1980 que renovaron el sindicalismo brasileño y dieron origen al Partido de los Trabajadores.²⁸

En este punto, durante los años setenta, la crisis y la resistencia obrera a las políticas de austeridad aceleraron la introducción de innovaciones tecnológicas desarrolladas a partir de la segunda post-

²⁸ La revista *Coyoacán* ha publicado diversos artículos sobre esta temática. Véase el número 4: Francisco Leal, “La Oposición Sindical en el resurgimiento del proletariado brasileño”; Oposición Sindical, “Nuevas formas de organización obrera en Brasil”. Número 5: CEP, “Luchas obreras y desarrollo de la Ford en Gran Bretaña”; Adolfo Gilly, “Los consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia”. Número 6: Iris Santacruz Fabila, “Nueva industria y cambios en la clase obrera en México”. Número 7 y 8: Tullo Vigevani, “Sindicatos, comisiones de fábrica y reorganización del movimiento obrero en Brasil (1964-1979)”; Ronaldo Munck, “El movimiento sindical en Brasil y en Argentina: estudio comparativo”. Número 9: Gilberto Mathias, “Acumulación del

guerra y estimularon, en los países centrales, los procesos de automatización y nuevas modificaciones en el proceso de trabajo (estimulando, por eso mismo, la exportación de maquinaria en proceso de desvalorización a los países semindustrializados donde las condiciones de organización de la fuerza de trabajo no oponen la misma resistencia).

Automatización

La automatización, introducida todavía gradualmente en algunos procesos productivos y más aceleradamente en otros (según el carácter del proceso mismo, las disponibilidades de capital, las necesidades de aceleración de la circulación del capital, la resistencia obrera, etc.), constituye una nueva fase de la organización capitalista del trabajo. En relación con las técnicas de control de la fuerza de trabajo, reúne características comparables y objetivos idénticos a los de las anteriores fases de la innovación tecnológica, pero en forma mucho más concentrada. Su introducción es sumamente desigual, tanto en el interior de cada empresa,²⁹ como en una misma rama de industria, en diversos países o en diversas ramas de industria. Veremos más adelante las razones que tienden a hacer persistir y reproducir esta desigualdad.

En el informe antes citado, Paola Manacorda sostiene que, con relación a las anteriores tecnologías de mecanización, la automatización constituye “un efectivo salto cualitativo, y que su carácter innovador no está tanto en haber llevado hasta el límite extremo de velocidad y regularidad del proceso de transformación de la materia, si-

capital, proceso de trabajo y nuevas formas de las luchas obreras en América Latina”: John Humphrey, “Los obreros del automóvil y la clase obrera en Brasil”; Guillermo Almeyra, “La clase obrera en la Argentina actual”; Augusto Urteaga, “Autonomía obrera y restauración empresarial: una experiencia de comités de fábrica”. También aparecen varios artículos relacionados con estos problemas en *Cuadernos Políticos*, núms. 24, 26 y 27.

²⁹ La Fiat italiana, por ejemplo, ha impulsado más la automatización en aquellos departamentos donde, por un lado, el proceso de trabajo la facilitaba, pero, por el otro, la resistencia obrera a trabajos pesados y nocivos era mayor y estimulaba las luchas en todo el establecimiento: soldadura, pintura, prensas. Dichas operaciones, en la planta similar de la Fiat brasileña, continúan realizándose con los métodos anteriores, con alta intensidad de trabajo vivo, pero con un fuerte control represivo-policial sobre éste, imposible en la empresa de Turín.

no en haber integrado en sí misma el *Sistema informativo de la Producción*, es decir tanto las informaciones sobre el proceso de transformación de la materia, cuanto las informaciones relativas al gasto (erogación) de fuerza de trabajo".³⁰

Al controlar de este modo el gasto de fuerza de trabajo, impidiendo al mismo tiempo su control por parte del obrero ya que la información pasa a través del sistema automatizado al cual el trabajador está subordinado, la automatización viene a constituir la respuesta más avanzada, desde el punto de vista del capital, al problema que se había planteado Taylor y del cual partía toda su concepción.

"La gran mayoría de los obreros —anotaba Taylor— creen que si trabajaran a su velocidad óptima, causarían un daño considerable a la profesión provocando la desocupación de muchos de sus colegas" (...). "Debido a esta opinión falsa, una gran parte de los obreros de

³⁰ A lo cual agrega esta precisión: "Cuando hablamos de automatización, nos referimos a modificaciones tecnológicas bastante diversas, aunque todas derivadas de la misma tecnología de base, la tecnología electrónica, y de la misma concepción general, la de la integración del sistema informativo en el sistema productivo. Las diferencias entre los diversos tipos de automatización están constituidas por la mayor o menor integración de los dos procesos, por la mayor o menor globalidad y extensión de la automatización y, fundamental, por la relación entre automatización y organización de conjunto del trabajo".

Harley Shaiken explica así este control del gasto de fuerza de trabajo:

"El 'sistema de administración de fábrica' por computadora da a la administración la capacidad de efectuar estudio de tiempos tanto de la producción como de los trabajadores calificados durante 24 horas por día y 7 días por semana. El sistema une una gran computadora central con un microprocesador instalado en la máquina. Cuando la máquina funciona, esto es registrado en la gran computadora central. Cuando la máquina no produce una pieza en el tiempo asignado esto resulta evidente de inmediato no sólo para la computadora. Esta información aparece en una pantalla de televisión en la oficina del capataz y queda registrada en hojas especiales por la computadora. La pantalla de televisión da instrucciones al capataz para que vaya a la máquina e investigue el problema. La hoja impresa es enviada también a la administración superior para su análisis. Cada minuto de tiempo del trabajador es tomado en cuenta. El registro muestra con cuántos minutos de retraso regresó de su tiempo de comida y de reposo, cuántos minutos estuvo parada la máquina sin explicación y cuántos minutos de interrupción se registraron.

"Con este sistema ya no es el capataz quien decide disciplinar a los obreros. El se limita a cumplir las decisiones "automáticas" del sistema. Esto impide que el supervisor se vuelva 'tolerante' o 'amistoso' hacia el operador.

"En una fábrica donde se instaló este sistema, los obreros idearon rápidamente una manera de tomarse un descanso y dejar que la máquina funcionara 'cortando aire'. Durante un tiempo, todo el mundo estuvo contento: los obreros podían controlar su ritmo de trabajo y las computadoras continuaban registrando sus números.

nuestros dos países (Estados Unidos y Gran Bretaña) *disminuyeron deliberadamente su ritmo de trabajo* a fin de disminuir la producción". A lo cual agrega esta observación penetrante: "dificilmente se encontrará en cualquier establecimiento moderno importante, cualquiera que sea el modo de pago de los salarios, un obrero competente que no dedique una parte importante de su tiempo a estudiar cuál es la *lentitud límite* a la cual puede ir, convenciendo al mismo tiempo a su patrón de que va a un ritmo normal".³¹ Tanto el sistema Taylor como el salario a destajo habían atacado este problema, pero no lo habían resuelto. Lo mismo ocurrió con la cadena: la clase obrera encontró los modos para recuperar el control sobre su propio gasto de fuerza de trabajo y para contrarrestar, al menos en parte, los efectos de las nuevas técnicas.

Mediante la automatización el capital lanza un nuevo asalto a fondo contra las líneas de defensa donde, a través de luchas y experiencias, se había atrincherado y lanzaba otra vez sus contraofensivas la clase obrera. La organización del trabajo, los equipos de trabajo, la división de tareas y los departamentos de fábrica sobre los cuales se basaban la organización de delegados y consejos de fábrica son cambiados y transformados por las nuevas tecnologías. Esto no

"Pero entonces la administración comparó la cantidad de piezas registradas con la cantidad de piezas producidas y contraatacó conectando la computadora directamente con el motor de la máquina. Cuando una máquina corta metal, consume más energía que cuando funciona en el vacío. De este modo, la administración podía decir cuándo realmente se estaban produciendo piezas. Se terminaron los descansos no autorizados.

"Este control gerencial sin precedentes sobre la fuerza de trabajo representa un cambio mayor en las condiciones de trabajo, cambio impuesto bajo la cobertura de la introducción de nueva tecnología. Si el objetivo fuera sólo reunir información, en cada máquina se instalaría una terminal de computadora y el trabajador podría registrar allí su producción al final de su turno. Entonces el trabajador estaría dando información a la computadora, en lugar de que la computadora estuviera controlando al trabajador.

"Los sistemas de información por computadora están establecidos de modo de colocar también al obrero especializado bajo un control patronal más estrecho. Muchas de las tradiciones de los obreros calificados adquiridas en dura lucha, tales como la prevención contra el estudio de tiempos, se ven así debilitadas y minadas por la base. En todas las áreas de la fábrica y en todos los turnos se llevan registros de las interrupciones del trabajo. Pueden llevarse en cada establecimiento aún de una empresa tan grande como la *General Motors* y pueden ser comparados para la investigación de diferentes tipos de respuesta ante determinada disciplina" (Harley Shaiken, "In These Times". *The Brave New World of Work in Auto*. New York, 19-25 de septiembre de 1979).

³¹ Coriat, *op. cit.*, pp. 111-112.

se produce instantáneamente, si no que es un proceso gradual y combinado con el mantenimiento en zonas extensas y mayoritarias de las anteriores formas de organización del trabajo. Pero el proceso ha sido puesto en camino, junto con otros métodos de ataque contra las posiciones conquistadas por los trabajadores.

Por ejemplo, el autocontrol por los obreros de ciertos ritmos y pausas del trabajo, reconquistado del taylorismo y de la cadena, vuelve a ser puesto en cuestión por un sistema que tiende a cerrar todos los poros del proceso productivo.

La penetración capilar de la informática en el proceso de trabajo ha tenido un efecto de compresión general de todos los tiempos en los cuales se basaba precedentemente el proceso productivo, reduciéndolos integralmente a la dimensión de "tiempo real". Tendencialmente, cada fracción de tiempo muerto conexa a la transmisión-decisión-retransmisión de directivas viene reducida a cero, reduciendo integralmente el tiempo de fábrica a tiempo directamente productivo (es decir, a tiempo que se incorpora totalmente al producto).³²

No hace falta decir que la crisis, y sus formas específicas en la segunda mitad de los años setenta e inicios de los ochenta, resulta un

³² Marco Revelli, "La informática, dueña de la fábrica", en *Dossier lavoro e la Manifesto*. En este mismo artículo agrega Revelli: "Esta posibilidad de arrancar al obrero cuotas mayores de trabajo en el mismo arco de tiempo pasa por otro efecto significativo inducido por la informatización de la fábrica, el que podríamos llamar 'efecto de desorientación', conectado con la facultad del capital de modificar continuamente su propia morfología trastrocando la relación espacio-temporal en el interior del ciclo productivo. La facultad obrera de percibir y controlar las cuotas de trabajo erogado e incorporado a la mercancía —elemento de fuerza en el ciclo de luchas del último decenio— se basaba, en efecto, en la capacidad de establecer un nexo inmediato entre tiempo de trabajo y cantidad de producto (número de piezas en la unidad de tiempo), capacidad relacionada con la repetición de operaciones iguales según un orden siempre igual a sí mismo y con la posibilidad de medir los tiempos de la producción sobre un recorrido fijo en el cual el 'hacerse' de la mercancía era inmediatamente ubicable. Con la facultad del capital de cambiar rápidamente el tipo de producto que pasa por el flujo de la producción y de modificar continuamente el recorrido productivo cambiando en orden diverso los segmentos del proceso productivo la dimensión temporal resulta dilatada y comprometida según una lógica y un orden totalmente comandados por el capital y cada vez menos cognoscibles la fuerza de trabajo, a punto tal que resulta realizar un efectivo control obrero sobre la productividad del propio trabajo, es decir sobre la cantidad de trabajo erogado en la unidad de tiempo. Es todo un patrimonio de inteligencia técnico-científica obrera, acumulada en años de experiencia dentro del capital, hecha de trucos y sabiduría, de maniobras y de refinado análisis de las tareas, que es arrasado con brutalidad"

poderoso estimulante de este proceso de cambios. La incorporación de la informática permite abrir otros frentes de ataque del capital contra la fuerza de trabajo mediante:

- Una aceleración del proceso de descalificación/recalificación, que debilita las posiciones de la clase obrera y facilita el aumento del *turn over* cuando los sindicatos no están en condiciones de resistir.
- Una descentralización de la producción en diversos países o en diversos establecimientos en el mismo país, que permite al capital sortear los focos de resistencia obrera en tal o cual punto del proceso productivo desviando esa producción sobre otro establecimiento o importando partes del producto o el producto entero de sus filiales en el exterior. Esto pueden hacerlo hoy tanto la *Volkswagen* como la *Renault*, y es uno de los motivos de preocupación de los trabajadores estadunidenses de la *General Motors* con relación a la construcción del moderno establecimiento de Ramos Arizpe, Coahuila. La *Fiat* importa motores de sus filiales en Polonia, España y Brasil y los monta en carrocerías fabricadas en Italia, así como las maquiladoras producen en México partes enteras de los aparatos electrónicos que se montan en Estados Unidos.³³

³³ Pino Ferraris, en “*Fiat Import*”, *Il Manifesto*, 24 de enero de 1981, dice: “En 1979 la *Fiat*, importando a Italia más de 60 000 autos fabricados en el exterior, conquistaba el puesto del sexto exportador en nuestro país, por encima de la *Opel* y apenas por debajo de la *Talbot*. En 1980, seguramente, habrá subido más en la lista. No sabemos todavía cuánto importó la *Fiat* de Polonia y de España, pero *Business Week* nos informa que, sólo del Brasil, llegaron a Italia 150 000 motores y varios miles de autos del modelo “127”. Con la caída de la *Fiat* exportadora (-20 % en 1980) y con el crecimiento de la *Fiat* importadora, Agnelli parece calificarse como un útil colaborador de la buena marcha de nuestra balanza comercial”. El año 1980 fue de huelgas por despidos y suspensiones masivas en la *Fiat*, pese a lo cual la productividad del trabajo, según cálculos de Ferraris, habría aumentado hasta un 20 % en ese período.

El proyecto más característico de esta tendencia es tal vez el nuevo “auto mundial” (*worldcar*) lanzado a partir de 1981 tanto por la *Ford* como por la *General Motors*. Dice al respecto Harley Shaiken: “Además de las nuevas formas de automatización en la fábrica, la tecnología de las computadoras está cambiando la forma en que las corporaciones operan a escala global. Las computadoras y las telecomunicaciones permiten que las decisiones básicas se tomen en la casa matriz, mientras la fabricación se descentraliza por todo el mundo para explotar los bajos salarios y otras ventajas en el exterior. *Ford*, por ejemplo, acaba de completar un nuevo centro de computación de 10 millones de dólares en Dearborn, suburbio de Detroit. Durante el día, 5000 ingenieros y técnicos en todo Estados Unidos alimentan el sistema, y por la noche sus colegas en Gran Bretaña, Alemania, Suiza y España pueden tener acceso a la misma información y así trabajar en el mismo proyecto. Respondiendo a las decisiones básicas tomadas en

- Una descomposición y recomposición de las tareas según nuevas líneas, determinadas por el capital para contrarrestar, absorber o disolver las formas de resistencia obrera.
- Una desconcentración mayor, en pequeños establecimientos subsidiarios, de parte de la producción de la gran fábrica, disminuyendo el blanco que ésta ofrece a las luchas obreras y tratando de debilitarla como lugar principal de organización del sindicato, al mismo tiempo que mantiene el cinturón protector frente a la crisis y las luchas obreras constituido por muchas empresas pequeñas y medianas.
- Una creciente separación, en la fuerza de trabajo, entre el proceso de ideación, cada vez más expropriado al obrero de fábrica y concentrado en un número cada vez más reducido de técnicos, y el proceso de ejecución, simplificado y parcelizado al máximo y desprovisto cada vez más de todo contenido concreto. Dentro del sector obrero se opera a su vez otra separación entre una categoría de *gestores del sistema automático*, con cierto conocimiento de su funcionamiento y ciertas posibilidades de intervenir en él, y otra de *alimentadores y controladores pasivos*, con exclusivas funciones de vi-

Dearborn, los técnicos de *Ford* en todo el mundo están en condiciones de relacionarse entre sí como si estuvieran en la misma habitación.

“El nuevo auto mundial de *Ford* es un producto de este tipo de tecnología de computadoras. Aunque *Ford* lo presenta en Estados Unidos como un ‘luchador contra importaciones’, las partes del auto se fabrican en doce países del mundo, desde Yugoslavia hasta Brasil. “Al mismo tiempo que pide restricciones a la importación de vehículos armados, *Ford* está expandiendo su (propia importación) de motores, transmisiones y componentes electrónicos”, declaró al *Wall Street Journal* William Niskanen Jr., ex director económico de *Ford*. (...)"

Este proceso interesa directamente a México, como lo explica a continuación el mismo ensayo:

“La tendencia hacia ‘fuentes’ extranjeras, como se la conoce en la industria, se ve en la construcción de fábricas de motores en México. *General Motors* está construyendo una planta capaz de producir 500 000 motores de seis cilindros por año; *Chrysler* está duplicando la capacidad anual de su fábrica, aún no terminada, hasta 440 000 unidades; *Ford* está construyendo una fábrica que producirá inicialmente 500 000 motores o más, y *Volkswagen* ha cancelado planes para una fábrica de motores en Estados Unidos a cambio de una expansión de 300 000 unidades de su actual fábrica mexicana. El mercado mexicano del automóvil, aunque crece rápidamente, no se espera que supere los 500 000 autos anuales en 1985, dejando así una buena parte de estos 1 700 000 motores para exportación a Estados Unidos” (Harley Saiken, “*The New World Car*” en *The Nation*, New York, 11 de octubre de 1980).

gilancia. Estas características están siendo ahora extendidas rápidamente al trabajo de oficina.

- En el sector de los técnicos, una misma separación entre funciones de ideación y funciones de rutina que en el sector obrero, y mismos procesos de descalificación/recalificación.

- Nuevas posibilidades de potenciar el trabajo a domicilio, subordinándolo bajo nuevas formas a la gran producción industrial y agregando así otro elemento de presión sobre la fuerza de trabajo (en lo que constituye una ampliación parcial y disimulada del ejército industrial de reserva). Según Paola Manacorda, en Estados Unidos comienza a abrirse camino “la tendencia a la desaparición del lugar físico del trabajo colectivo y a la extensión del trabajo a domicilio ligado al lugar de trabajo mediante terminal”.

Todas estas son, evidentemente, tendencias contrarrestadas por otras contratendencias, y no procesos cumplidos y terminados.³⁴ En vastísimos sectores la automatización es todavía cosa del futuro, y en otros la automatización crea nuevas tareas no automatizables, generalmente trabajos realizados por fuerza de trabajo no calificada y menos pagada. Según Manacorda, en teoría la automatización ya está prácticamente completada en la industria de ciclo continuo, mientras que en la industria de ciclo discreto el obstáculo actual reside en la limitación de la tecnología (a su vez determinada por las ingentes cantidades de capital necesarias al estudio y puesta a punto de ulteriores progresos). En los servicios, todos los no personalizados (correos, transporte, etc.), pueden automatizarse al estado actual de la tecnología, no así los personalizados (sanidad, enseñanza, etc.). “En éstos el proceso productivo no es automatizable no tanto por defecto de tecnología, sino por insuficiente conocimiento analítico del propio proceso y por lo tanto imposibilidad de su reproducción uniforme”. Por otro lado, agrega, “el costo que comporta no tanto la tecnología cuanto el estudio y la simulación de las tareas y su inserción en un proceso integrado se justifica sólo cuando no haya disponible fuerza de trabajo a bajo costo y más flexible que la tecnología”.

³⁴ Al respecto, véase Gianni Rigacci, *Reestructuración y reorganización en las fábricas italianas*, en *Coyocacán*, México, núm. 14, 1981.

La misma autora, en otro trabajo,³⁵ observa:

en el curso del progreso de la tecnología ha habido una promesa constante de reducción de la fatiga, a la cual ha correspondido en la realidad, en cambio, una continua *sustitución* de formas de fatiga diversas: desde la *muscular*, anterior al maquinismo, y la *nerviosa*, introducida precisamente por el maquinismo con la necesidad de hacer frente a mecanismos del tipo estímulo-respuesta, hasta la que hoy parece presentarse como fatiga típica de las formas de trabajo automatizado, es decir la fatiga *mental*. Esta consiste no ya en la serie de mecanismos de respuesta a estímulos, sino en la necesidad de *entrar en un esquema lógico desconocido*, y de adaptarse a él.

Lo cual nos lleva a un último problema: qué posibilidades tienen los trabajadores de recuperar el conocimiento del ciclo productivo y, en consecuencia, de restablecer formas de control sobre él, reorganizando sus líneas de defensa y de ataque contra el capital desde el interior mismo de los nuevos procesos de trabajo.

La automatización, en la medida en que se extienda, lleva en sí un posibilidad de revolucionarización permanente del proceso de trabajo; o, si se quiere usar la vieja metáfora, el paso por parte del capital a una “guerra de movimientos” contra la fuerza de trabajo en el terreno mismo donde ésta se atrincherá para una “guerra de posiciones”: en la organización del trabajo. Esa posibilidad, está contenida no en la tecnología de la automatización (o sea, no es una cuestión “técnica”), sino en un hecho social: el capital conoce el proyecto del proceso productivo y su lógica; la fuerza de trabajo es despojada, por el ritmo mismo de los cambios, de la posibilidad de conocerlo. El capital tiene la iniciativa en la división del trabajo a escala del establecimiento, de la empresa, del territorio nacional, de la rama de industria y a nivel internacional; la fuerza de trabajo sufre esa iniciativa, es su objeto. Puede resistir, y lo hace, a veces con relativo éxito. Pero sus líneas vuelven a ser desbordadas. No tiene en sus manos la clave de la iniciativa, el poder en la sociedad: es la ley del sistema y el secreto último del proceso de valorización del capital.

Siendo esa la ley, la organización de la producción y del trabajo es

³⁵ Manacorda y otros *L'automazione entra nella fabbrica e negli uffici*, en *Dossier...*, *op. cit.*

un *secreto*, que pertenece por derecho y por entero al capital. Es lo que constata Manacorda en el informe citado:

En teoría, sería totalmente hipotizable una organización en la cual los trabajadores producen, controlan, actualizan y mantienen el sistema automatizado; en la práctica, la tecnología es producida en general fuera del establecimiento, es *un dato* que la clase obrera encuentra frente a sí, y en torno a ella debe recomponer y hacer progresar sus propios conocimientos y capacidades de control.

La cantidad de proyecto y control que está insertada en un sistema automatizado es, en efecto, tal que excluye que el trabajador individual pueda intervenir para modificarla, o incluso solamente que, gestionándola pasivamente, pueda aprender a conocerla en profundidad. Lo que el obrero del sistema ve es la apariencia del proceso de trabajo, no su lógica intrínseca, porque no le es dado conocer el proyecto lógico que está detrás. De esto parece derivar, en definitiva, a nivel de la subjetividad, el sentido de no estar sometido como en la cadena, sino de ser propiamente un engranaje del sistema, una parte de éste que deba plegarse a su lógica.

¿Ha conseguido entonces el capital, con la automatización, traspasar la última línea defensiva de su antagonista? ¿Ha expropiado e incorporado a sí mismo todos los conocimientos, todo el antiguo saber obrero, logrando así el objetivo de reducir el proceso de trabajo a puro gasto de fuerza de trabajo, sin pensamiento y sin iniciativa? ¿Todo trabajo se ha convertido en puro trabajo abstracto e intercambiable? ¿Llegó, pues, a la última frontera y sólo le falta universalizar el uso de la automatización e instalarse en ella indefinidamente?

Si bien desde el punto de vista del capital éste parecería ser el caso, basta que extienda la mano para que los frutos se alejen. La automatización lleva a un punto crítico todas las contradicciones del modo de producción capitalista y desde el punto de vista opuesto, el del trabajador colectivo, lleva a la necesidad objetiva de generalizar la lucha de fábrica en lucha política, y de fundar ineludiblemente ésta en aquélla, porque enfrentar al capital en la fábrica se vuelve imposible sin dominar el conjunto del proceso de producción social. Son los mismos obstáculos que la automatización alza frente a la lucha de los asalariados los que obligan a ésta a adquirir un carácter político, es decir, a abarcar críticamente al conjunto de las relaciones sociales opiniéndoles su proyecto comunista.

El informe de Paola Manacorda plantea algunos de esos obstáculos:

Hay una posible estrategia de *reapropiación del control*, entendida no sólo como conocimiento del entero proceso productivo, sino sobre todo como posibilidad de intervenir en él. Esta posibilidad se vuelve técnicamente realizable por las tecnologías electrónicas, precisamente por su capacidad de permitir un control capilar sobre todas las fases del trabajo; por lo tanto, esto parecería requerir sólo un potencial de movilización y de lucha para ser puesto en práctica. Pero incluso con relación a esta perspectiva estratégica hay una serie de problemas importantes.

Ante todo, la real dificultad para los trabajadores de reapropiarse de los conocimientos científicos y técnicos incorporados en el sistema. Si es cierto que la máquina tradicional había incorporado el conocimiento obrero en términos de energía a emplear, material a utilizar, movimientos a realizar; también es cierto que el sistema automático incorpora todo esto, más un mecanismo de coordinación de las fases que no proviene directamente de la "ciencia obrera", o que por lo menos se encuentra en el sistema con un grado de "intensidad de conocimiento" no inmediatamente abordable por la subjetividad obrera.

Con esto no se quiere decir que tal reconstrucción sea imposible, sino sólo que la cantidad de "ciencia", entendida como formalización de los lenguajes, uso de modelos matemáticos para la simulación de los procesos decisionales, recurso a estructuras lógicas complejas para el gobierno del sistema, convierte a la reconstrucción del conjunto del proceso productivo en una tarea mucho más ardua que el simple conocimiento de "qué sabe hacer el robot" o "qué hay que hacer para obtener su funcionamiento". No es indiferente para este problema también la cuestión de las dimensiones del proceso y de la cantidad de trabajadores involucrados en él. Si el proceso entero se basa en 130 000 trabajadores, en parte descentralizados, ¿cuáles son las posibilidades de reconstruirlo a partir de grupos homogéneos (grupos de departamento) lo suficientemente pequeños como para tener la oportunidad de expresar conocimientos concretos y subjetividad?

Es posible refundar un proceso productivo con objetivos de "liberación del trabajo", es decir de asunción de responsabilidades decisionales a nivel colectivo, de posibilidades de autocontrol de la erogación de la fuerza de trabajo, de determinación de los contenidos del trabajo, todo esto a *tecnología dada*, aunque no a *organización dada*. Probablemente esto es posible dando al término "control y proyección del ciclo" un significado más amplio, que se refiera cada vez menos a las modalidades concretas de la transformación de la materia, y cada vez más a las modalidades de gestión de la información, ya sea la relativa a la transformación de la materia, ya sea, sobre todo, la que se refiere a la erogación de la fuerza de trabajo.

Las reflexiones y el razonamiento de esta extensa cita y la serie —inconclusa— de problemas que ella plantea, nos reconducen a lo antes dicho. Con la automatización, el capital parece haber terminado su tarea de expropiación de los productores directos, primero de sus medios de producción, finalmente de su saber y su pensamiento. Por lo mismo, ha llegado a maduración última la vieja consigna de Marx, la expropiación de los expropiadores, sola que puede dar una razón y una estrategia a las innumerables luchas parciales y sin cuyo objetivo global éstas se ven cada vez más condenadas a una defensiva que, en lugar de permitir mantener las posiciones alcanzadas, se ve permanentemente desbordada y desorganizada por el dinamismo y la iniciativa del capital.

Pero, a su vez, la automatización tiene su propio límite en el modo de producción capitalista y crea, por otro lado, nuevas potencias de lucha en los trabajadores. En primer lugar, no sólo por cuestiones técnicas sino por los imperativos del proceso de valorización, el capital no extiende la automatización a todas las ramas o a todas las empresas de una rama (ni aun a todos los departamentos de una empresa). Como recuerda Mandel:³⁶

Una vez entendida la esfera de la producción del capitalismo tardío como una unidad contradictoria de empresas no automatizadas, semiautomatizadas y automatizadas (en la industria y en la agricultura y por tanto en todos los sectores de la producción de mercancías), se hace evidente que el capital, por su propia naturaleza, *debe* oponer una creciente resistencia a la automatización después de cierto límite. Las formas de esta resistencia incluyen el uso de mano de obra barata en las ramas semiautomatizadas de la industria (como el trabajo femenino y juvenil en las industrias de textiles, alimentos y bebidas), que amplía el umbral de rentabilidad para la introducción de los sistemas plenamente automatizados; los cambios constantes y la competencia mutua en la producción de los sistemas de máquinas automatizadas, que impiden el abaratamiento de estos sistemas y de este modo su introducción más rápida en otras ramas de la industria; la búsqueda de nuevos valores de uso, que se producen primero en empresas no automatizadas o semiautomatizadas, etcétera. El punto más importante es que, así como en la primera fase de la gran industria operada por maquinaria las grandes máquinas no fueron producidas por máquinas, sino por el trabajo vivo, así en la actual primera etapa de la automatización las

³⁶ Mandel. *El capitalismo tardío*. op. cit., p. 202-203.

piezas de las máquinas automáticas no son construidas automáticamente, sino en la línea de ensamble. De hecho, la industria que produce medios de producción electrónicos tiene una composición orgánica de capital *notablemente baja*.

En segundo lugar, hay un límite absoluto para la automatización dentro de las leyes mismas del modo de producción. Dice el mismo autor, a continuación de las líneas precedentes:

La producción automática de máquinas automáticas constituirá por lo tanto un nuevo viraje cualitativo, igual en significado al surgimiento de la producción maquinizada de máquinas a mediados del siglo pasado (...) Estamos aquí frente al límite inherente absoluto del modo de producción capitalista. Este límite absoluto no reside ni en la penetración total del capitalismo en el mercado mundial (es decir, la eliminación de las esferas de producción no capitalistas), como creía Rosa Luxemburgo, ni en la imposibilidad final de valorizar el total de capital acumulado, como creía Henryk Grossman. Ese límite reside en el hecho de que *la masa de plusvalía misma disminuye como resultado de la eliminación del trabajo vivo del proceso de producción en el transcurso de la etapa final de mecanización-automatización*. El capitalismo es incompatible con la producción completamente automatizada en toda la industria y la agricultura, debido a que ello ya no permite la creación de plusvalía o la valorización del capital. Es imposible, por tanto, que la automatización se extienda a toda la esfera de la producción en la era del capitalismo tardío.

En realidad, como anota más adelante:

la automatización capitalista en cuanto desarrollo poderoso tanto de las fuerzas productivas del trabajo como de las fuerzas destructivas y enajenantes de la mercancía y el capital, viene a ser la quintaesencia objetivada de las antinomias inherentes al modo de producción capitalista.

En tercer lugar, finalmente, la automatización, sobre todo en la forma en que ella existe en la realidad del modo de producción capitalista, combinada con la semiautomatización o la simple maquinización, no elimina ni puede eliminar la figura del trabajador colectivo ni, por lo tanto, su pensamiento y su conciencia, que no empiezan ni se agotan en el proceso de trabajo aunque en éste se ubique su punto de fricción más agudo con el capital. Al expropiar capacidades y conocimientos al trabajador individual, la automatización

plantea nuevos problemas al obrero colectivo, en la medida en que al despojar de contenido concreto al proceso de trabajo llevando al extremo los aspectos rutinarios ya contenidos en el taylorismo, exacerbaba también el contenido de explotación que es el sustento del proceso de valorización.

Pero, al mismo tiempo, la automatización presenta por primera vez ante los ojos de los productores directos, después del largo proceso de expropiación de sus medios de trabajo y de los conocimientos del oficio, los instrumentos y la posibilidad de reapropiarse inteligentemente el conocimiento y el control del conjunto del proceso productivo global. Y si el dominio del proceso y de los instrumentos de trabajo en forma individual había llegado a una especie de virtuosismo en el maestro artesano, la automatización crea las condiciones de su reapropiación, infinitamente ampliada, pero sólo posible en forma colectiva y como productor colectivo. Es decir, ella ofrece los medios materiales para la realización del proyecto social de la clase obrera, su programa socialista, incluida la superación de la división manual e intelectual del trabajo y del carácter mercantil de la fuerza de trabajo; o sea, la abolición del asalariado.

Pero apropiarse de esos medios materiales exige romper los lazos de las relaciones sociales de producción capitalistas que los aprisionan y ponerlos al servicio y bajo el control de la inteligencia colectiva de los productores democráticamente organizados. La automatización, el arma más moderna del capitalismo para desorganizar las filas de la clase obrera, coloca a ésta, colectivamente, ante su propio programa socialista. En ese sentido las batallas de clase por el control de las condiciones de organización del trabajo, en la forma compleja y desigual que ésta asume internacionalmente y en cada país, deben ser hoy, más que nunca, una escuela de socialismo si es que al mismo tiempo han de dar resultados prácticos e inmediatos en cada lugar de trabajo.

Febrero de 1981.

